



ASPECTOS FUNDAMENTALES DEL CONOCIMIENTO HUMANO

IV

ACTO, SER E INTELIGENCIA

1. La inmaterialidad, constitutivo del conocimiento

Siempre que varios seres materiales se juntan forman un compuesto, ya substancial, ya accidental: así la materia primera con la forma substancial, la substancia con los accidentes o varios entes substanciales que se agrupan.

En cambio, en el conocimiento sucede todo lo contrario. El sujeto y el objeto están simultáneamente dados y unidos intencionalmente en el concepto, pero sin mezclarse ni formar un compuesto: bajo la unidad intencional permanece la dualidad real. Lo cual indica que el conocimiento no es de naturaleza material, sino de naturaleza superior a la materia, inmaterial.

Otro carácter propio del ser material es su pasibilidad y limitación al propio ser. Ningún ser puramente material se mueve a sí mismo o extiende su actividad más allá de su propio ser.

Por el contrario, el acto de conocer no es pasivo ni se limita a sí mismo, sino que de una manera activa aprehende un objectum, algo distinto de él como tal, y le confiere existencia en su propio acto de existir. En el acto de conocer hay existencia para él y para el objeto conocido o aprehendido conscientemente en el propio acto como distinto o trascendente a éste. Esta superexistencia, que dice Maritain, con que el acto cognoscente confiere existencia en su propia inmanencia al objeto como objectum, sólo puede provenir de una superioridad esencial sobre la materia, es decir, de su carácter inmaterial.

Finalmente, todos los actos materiales, hasta del sistema nervioso en sí mismo, son inconscientes. El paso de lo inconsciente al acto consciente, propio del conocimiento, solamente puede ser dado por un hiatus o tránsito esencial de lo material a lo inmaterial.

2. Los grados del conocimiento, establecidos por los grados de la inmaterialidad

En un primer grado nos encontramos con el conocimiento sensitivo. Este conocimiento, por ser tal, debe poseer cierto grado de inmaterialidad, según lo dicho en el párrafo anterior. Pero por ser conocimiento de un objeto material concreto y a la vez dependiente de un órgano, es simultáneamente material, de

donde resultan las imperfecciones y limitaciones del mismo, señaladas al principio de este trabajo (Ver SAPIENTIA n° 151); sobre todo su ceguera para aprehender el ser formalmente tal o lo inmaterial de las cosas materiales, incluido sin embargo en los datos de su intuición y, consiguientemente, el no tener consciencia expresa del propio sujeto.

En un segundo grado nos encontramos con el conocimiento intelectual. Su objeto formal es el ser o lo inmaterial de las cosas materiales: las esencias abstractas y universales. Estos conceptos abstractos universales —como hombre, animal, etc.— son capaces de significar infinitos individuos y superan, por eso mismo, totalmente el orden material, siempre individual; es decir, son enteramente espirituales.

De este ser o esencia de las cosas materiales la inteligencia llega a aprehender el ser como ser, el cual en su significación abarca toda la realidad, desde Dios al ser inorgánico. Ahora bien, cualquier facultad cognoscitiva, que depende de un órgano, como acaece en los sentidos, está limitada por él mismo a tal o cual objeto, y nunca podría remontarse al ser infinito en su ámbito objetivo. Por consiguiente, por este objeto infinito que es el ser, la inteligencia supera todo el orden material y es espiritual.

3. Los grados de la cognoscibilidad objetiva, determinados también por la inmaterialidad

También la cognoscibilidad de los objetos depende del grado de inmaterialidad. Así, los seres materiales son cognoscibles por los sentidos por el acto de sus formas accidentales. Y son cognoscibles por la inteligencia por el acto esencial o forma, constitutiva de la esencia. Esta forma está unida a la materia primera, a su potencialidad y, por ende, es sólo inteligible o aprehensible en potencia por la inteligencia. Gracias a la abstracción de su materia individual concreta, efectuada por el entendimiento agente (Cfr. SAPIENTIA, n. 152), la forma resulta inmaterial en acto y, por eso mismo, inteligible en acto.

Y porque la inteligencia es espiritual y como tal capaz de conocer el ser o lo inmaterial de las cosas materiales, y porque ella misma como espiritual que es es a la vez capaz de ser conocida, por eso puede tener consciencia de sí, perfecta y expresa, es decir puede captarse a sí misma. La consciencia de sí implica la espiritualidad de la inteligencia como cognoscente y como ser conocido. Ningún ser material puede aprehenderse a sí mismo, y menos conscientemente.

4. Doble limitación del conocimiento espiritual o intelectual humano, debido a la composición de esencia y existencia del hombre.

Si bien por su espiritualidad la inteligencia es capaz de conocer el ser y con él toda la infinita realidad y conocerse a sí misma, sin embargo ella está aún doblemente limitada.

En primer lugar, *en la unidad intencional del acto cognoscente el sujeto aprehende el objeto como objeto o como realmente distinto del propio acto. El objeto del conocimiento intelectual humano es realmente distinto del sujeto. Vale decir, que en la unidad intencional de la intelección, el sujeto no se identifica realmente con el objeto. Se trata de una identidad sólo intencional, que aprehende la dualidad real de sujeto y objeto.*

En segundo lugar, *el ser del sujeto cognoscente —el alma humana, sujeto substancial de la inteligencia— no se identifica con su acto de conocer. Siempre que la inteligencia entiende lo hace con un nuevo acto de entender. Se trata, en primer lugar de una verdad empírica o a posteriori. Vemos que siempre sucede así, y no sólo con el entender sino con todo obrar de cualquier creatura. Así, la voluntad es distinta de la volición, el sentido de la vista distinto de la visión, etc.*

Pero este modo de actuar de la inteligencia con un acto distinto de su ser, es también una verdad a priori o de iure; no puede ser de otro modo. En efecto, todo acto implica el acto de ser. El ser es "el acto de todos los actos", dice Santo Tomás, no hay ningún acto que sea tal si no es o existe. Ahora bien, nosotros hacemos el acto de entender —y también de querer o de cualquier otra actividad— y sólo lo tenemos y, por eso, en él tenemos el acto de ser.

Pero si nuestro acto de ser —el alma humana, forma o acto de la esencia del hombre— se identificara con su acto de entender —o con cualquier otro acto— si fuese su acto de entender, sería a la vez el acto de ser, en este acto implicado. Ahora bien, un ser —el alma humana, en nuestro caso— que se identificase con su acto de ser, sería Dios. Porque sólo en Dios su Esencia es su Acto de Ser o Existir. Sólo en Dios el Ser y el Entender son lo mismo. Nulla creatura est immediate operativa, dice Santo Tomás, ninguna creatura es inmediatamente operativa", o sea, no actúa con su propio ser sino con un acto distinto del mismo.

5. El Acto puro de Ser y de Entender divino

Ahora bien, cuando un ser no sólo no tiene la limitación o potencia de la materia, sino ni siquiera la que proviene de la esencia que coarta el acto de ser o existir, cuando su Esencia es el mismo Acto de Ser, es infinito —sin limitación alguna— y a la vez, por ser el Acto mismo de Ser es el Acto mismo de Entender.

Las dos limitaciones señaladas del entender humano, desaparecen en el Acto puro de ser: su Ser es el mismo acto de Entender y el Ser o Verdad infinita se identifica realmente con el Entender infinito, de modo que la identidad de Ser y Entender es real y en grado infinito.

A la misma conclusión se llega desde la cognoscibilidad objetiva. Cuando no sólo no hay materia que coarta la forma, sino ni siquiera una esencia

que limite el acto de ser o Existencia, la cognoscibilidad está en Acto infinito de ser conocida, es decir, es el Ser infinito conocido en Acto infinito.

Acto puro e infinito de Ser o Verdad objetiva y Acto puro e infinito de Entender se identifican realmente.

Se ve también que todo conocimiento y toda cognoscibilidad objetiva están constituidos por el acto de ser. La inmaterialidad es sólo un grado del conocimiento finito. De tal modo que todo ser, en la medida de su acto de ser, es cognoscente y conocido y, en los grados superiores de espiritualidad, inteligente y entendido. Si hay seres que no conocen y no son cognoscibles para sí mismos, es por la limitación de la esencia, primero, y de la materia, después. A medida que se liberan de ambas limitaciones, primero de la materia y luego de la esencia, se llega a la identidad perfecta entre Ser, Acto y Entender.

Y como los grados del ser son los grados de su acto de ser, en la cima de la liberación de toda potencia o limitación está el Ser o Verdad y el Acto de Entender infinitos identificados.

El descenso del conocimiento hasta la inconsciencia, y de la cognoscibilidad hasta no poderse expresar a sí mismo, se logra por la sucesiva intervención de la potencia que limita el acto: la esencia que limita la existencia y la materia que limita la forma.

6. El fundamento divino de todo conocimiento humano

En esta identidad real de Ser o Verdad o Acto y Entender de Dios se funda todo conocimiento humano y toda cognoscibilidad de las cosas. Porque todo ser procede de Dios por participación causal en su esencia y existencia.

La esencia se constituye por participación de la Esencia divina, la cual, como Causa ejemplar necesaria, la funda, y del Entender divino, que al contemplar el Modelo de infinita Perfección de su Esencia ve y constituye los infinitos modos finitos capaces de participar de la misma fuera de ella. Las esencias son, pues, necesarias y eternas como la Esencia divina, que por el solo hecho de ser, las funda y como el Verbo que contempla su Esencia, las ve y constituye.

De ahí que las cosas sean porque el Verbo de Dios las piensa desde el Ejemplar de su Esencia y, por eso, son una palabra, un ser o verdad constitutiva de las cosas. De aquí también que las esencias sean inteligibles y respondan siempre con su verdad al llamado o requisitoria de la inteligencia humana.

El acto de ser o existir es comunicado también por Dios, pero por un acto libre de su divina Voluntad —identificada con su Entender— que le comunica el acto de ser desde la nada, es decir, lo crea. Por medio de este acto la esencia, que en sí misma no era, logra su acto de ser y comienza a existir.

Dios, como Bien Infinito poseído por su Inteligencia y su Voluntad, no necesita de ningún ser creado para su felicidad. Sólo crea para hacer partícipes y manifestar su Ser o Perfección a otros seres, vale decir, para su gloria, tanto material en los seres no inteligentes, como formal en el ser inteligente y libre del hombre. Las cosas materiales participan y manifiestan el Ser o Perfección de Dios de una manera material inconsciente y necesaria. En cambio, el hombre glorifica a Dios de una manera formal, consciente y libre, o sea, por el conocimiento y el amor.

Por eso también, el Acto creador es una Palabra divina —un Imperio de la Voluntad iluminada por la Inteligencia— que Dios libremente pronuncia para hacer partícipes y manifestativos en ellos su propio Ser y Bondad.

Todo el ser creado es, pues, una verdad pronunciada por Dios en su esencia, y una realidad constituida real por una palabra de amor en su existencia.

Frente a esa verdad pronunciada por Dios en las cosas y constituida realmente a la vez como verdad y belleza por la creación, Dios crea al hombre con su inteligencia y libertad para que con su espíritu llegue a la contemplación y amor de la Verdad, Bondad y Belleza infinita, es decir, llegue a glorificar a Dios formalmente por el conocimiento y el amor. Pero no alcanza esa meta suprema de su último Fin o Bien supremo de su vida, sino a través de la verdad, bondad y belleza depositada por Dios en las cosas.

Imago Dei por su espíritu, el hombre es quien pronuncia de nuevo esa palabra depositada por Dios en las cosas —tanto en su esencia como en su acto de ser—, quien de-vela y confiere actualidad en su inteligencia a esa verdad oculta en los entes materiales.

Las cosas materiales están constituidas y creadas por Dios como verdad que no puede pronunciarse, como bondad que no puede amarse y como belleza que no puede contemplarse. La persona humana con su espíritu es quien conoce y da acto a esa verdad, quien ama y da acto a esa bondad y quien contempla y da acto a esa belleza, quien vuelve a unir entender y ser o verdad, amor y bondad y contemplar y belleza.

De este modo el Ser o Verdad y el Entender, que están realmente identificados en Dios y de un modo infinito, se separan con su ser o verdad o cognoscibilidad finitos en las cosas, por una parte, y con el entender finito humano, por otra, para volver a encontrarse e identificarse, no ya real e infinitamente como en Dios, sino sólo intencional y finitamente en la inteligencia humana por la de-velación y actualización de esa verdad en su acto de entender.

El fundamento último de este encuentro del conocimiento humano —principalmente inteligente— con la verdad de las cosas, reside, pues en la identidad originaria divina de Ser o Verdad y Entender. Por eso, la verdad de las cosas responde al llamado de la inteligencia; y a la inteligencia responde con fidelidad al ser o verdad de las cosas, precisamente porque en su origen divino fueron y son idénticas. El ser es para el entender, y el entender para el ser.

Por eso también hemos visto que el objeto formal propio de la inteligencia humana es el ser o esencia de las cosas materiales, y que toda la vida de la inteligencia está inserta e iluminada íntegramente por el ser o verdad trascendente; y que toda la actividad de la misma, desde el concepto al juicio y desde éste al raciocinio, está fundada, sostenida e iluminada en todos sus pasos y en todo su ámbito por la verdad o inteligibilidad del ser que, en última instancia, se funda en la Verdad o Inteligibilidad del Ser divino.

El encuentro maravilloso y la identidad intencional de la inteligencia con el ser y del ser con la inteligencia están fundados, pues, originariamente en la identidad real de todo Ser o Verdad y Entender en Dios. La inteligibilidad o verdad de las cosas y la inteligencia humana se corresponden, porque en su Causa primera están identificados Ser o Verdad y Entender; identidad que, por eso mismo, es la instancia suprema de todo ser y entender creados y de su correspondencia mutua.

MONS. DR. OCTAVIO N. DERISI